AL CRUZAR EL LÍMITE

Carlos Caravias Aguilar

AL CRUZAR EL LÍMITE

Carlos Caravias Aguilar

Avant
editorial

Primera edición, diciembre de 2023
© Carlos Caravias Aguilar, 2023

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com)

Diseño y Edición:
Avant editorial
Avenida de Londres, 6, Portal 1, Atico A,
28500 Arganda (Madrid)
www.avanteditorial.com
info@avanteditorial.com

ISBN:978-84-19970-51-0
IBIC: DNF - FA
DEPÓSITO LEGAL: M-34544-2023

Con el recuerdo de mis padres,
de mi hermano José Luis
y de mi sobrina Mercedes
que fueron buscadores de la verdad
y conocen la realidad de la muerte.
Y con el respeto hacia
las incontables miríadas de existentes
que ya cruzaron el límite

Al cruzar el límite
nos encontraremos con lo desconocido;
a partir de ese momento
nuestra vida transcurrirá por ese desconocido,
en donde imperará la nada o el todo.
la oscuridad o la luz.

Han pasado ya casi seis años desde que inicié esta extraña novela titulada *El visitante* acerca de la muerte, del universo y del más allá. En la página sesenta y algo quedó relegada, no al olvido, porque ha imperado mi voluntad de terminar su creación, pero sí apartada en la cuneta de mis prioridades, más interesado en acometer y finalizar alguna otra de las creaciones de mi *hobby* literario. A principios de este año 2023 retomé su continuación creativa.

No recuerdo en qué día ni en qué momento, encontrándome atareado en la búsqueda de un documento que me era necesario, descubrí un manuscrito olvidado, como el arpa de Gustavo Adolfo Bécquer, no «Del salón en el ángulo oscuro», pero sí en el extremo de una estantería. Estaba escrito con una de esas desusadas máquinas de escribir de las que tenía perdido el recuerdo. Su título: «Reflexiones informales sobre la muerte». Un breve y, quizá, trasnochado ensayo sobre la muerte, que he creído conveniente incorporar al comienzo de este libro, como una introducción que ayude a comprender mejor el mensaje de la novela; como si cumpliera la función de uno de esos grupos llamados teloneros que actúan antes de que lo haga el grupo principal. Hay que tener en cuenta que este breve e informal ensayo fue escrito hace muchos años y que en él aparecen vestigios de la religión que me inculcaron desde mi más temprana niñez.

Así pues, este libro titulado *Al cruzar el límite* está compuesto por este breve ensayo «Reflexiones informales sobre la muerte» y por la novela sin clasificación, posiblemente esotérica, *El visitante*.

Espero que el mensaje de ambos documentos quede claro; lo que no puedo pretender es que se esté de acuerdo con todo lo que se desvela en dicho mensaje.

«REFLEXIONES INFORMALES SOBRE LA MUERTE»

PRÓLOGO

Como indica el título, se trata de reflexiones informales, de elucubraciones mentales nacidas en momentos de ocio; no se pretende asegurar nada, ni defender una tesis, ni convencer a nadie. Simplemente se trata de plantear con cierto sentido y ligazón una serie de pensamientos sueltos, reflexiones antes de dormir, o durante un viaje o en la espera en un andén.

Cada uno de los asuntos que se tocan merece un extenso tratado, pero la pretensión no es agotar los temas ni exponer todo lo que sobre ellos se ha escrito y hablado a través de la historia, sino tan sólo iniciar unos apuntes que puedan servir de reflexión para acercarnos un poco más a la realidad consecuente a ese final de la que tan lejos estamos.

Si te atreves a leerlo hasta el final y te sirve, al menos, para que te preguntes en algún momento sobre alguna de las incógnitas que plantea la muerte, tanto mejor.

A MODO DE INTRODUCCIÓN

En todas las culturas, filosofías y religiones, se ha escrito y hablado acerca de la muerte. Casi siempre se ha considerado como un hecho negativo, como algo contrapuesto a la vida; como el peor castigo impuesto al hombre por su desobediencia; como el fin de todo; como el reino de las tinieblas. Siempre se ha dramatizado la muerte en todas las culturas, se ha expresado el dolor y la desesperación, a veces hasta extremos, de los que han perdido un ser querido.

Intento, en estas páginas, un acercamiento a la realidad de la muerte. Nunca he aceptado esa visión negativa considerando que es fruto de un conocimiento de los signos externos, pero no de su realidad profunda. La muerte no es antagónica a la vida, no es lo contrario, sino que es necesaria para que la vida continúe, para una vida más perfecta. Sin ella la vida se estancaría y desaparecería. Lo externo de los seres no es la vida, sino el soporte de ella. Lo externo debe destruirse para que la vida siga su desarrollo.

Todo lo que acontece en la naturaleza es un símbolo y un reflejo de otra realidad superior. El proceso vital es un continuo

morir y renacer: lo externo de la semilla muere para que pueda renacer más perfecta la vida que latía en ella; muere la envoltura externa del feto para que renazca a otra vida más completa y superior; muere la crisálida, se rompe, para que salga un nuevo ser más perfecto… Estos procesos naturales los entendemos porque la muerte y la nueva vida ocurren dentro de nuestro ciclo vital, dentro de nuestro espacio y tiempo. Mas cuando los dos estadios del proceso se separan y sólo podemos constatar la muerte y no la nueva vida porque este segundo paso se origina fuera de nuestro marco espaciotemporal, nos llenamos de temor y de un sinfín de preguntas sin respuesta. Nos hace preguntarnos sobre las grandes incógnitas del tiempo, de la naturaleza humana y de los seres vivientes, sobre lo que es la vida, sobre el espíritu… El corazón se nos oprime y preferimos no pensar, aunque dichos interrogantes queden esperando en el fondo de cada uno de nosotros a que, algún día, les ofrezcamos una respuesta.

Las religiones han afrontado la muerte desde el punto de vista negativo. Prometen una vida más allá, pero el hecho de la muerte lo ven como un castigo al pecado del hombre. Predican que la muerte es consecuencia de ese primer pecado del hombre, al que llaman «pecado original». Los cristianos cantan la resurrección de Cristo como una derrota de la muerte, como si la muerte fuese el final de toda vida. La Iglesia primitiva cristiana estaba imbuida de esta consideración puramente negativa y no ponen en boca de Cristo ninguna frase acerca de la muerte; él tuvo que hablar de la muerte, pero la mentalidad de la Iglesia primitiva fue incapaz de entender lo que quiso comunicarnos; tan sólo dejan, como de pasada, una frase de Cristo, aquella de que el grano de trigo debe morir para que produzca vida. La han interpretado en sentido místico y espiritual, no real, porque para ellos, los de

las iglesias, esta visión tan positiva, tan creadora, tan luminosa del hecho de la muerte no tiene cabida. El mismo san Pablo está imbuido de la idea de la muerte como castigo, como mal; sólo en uno de sus pasajes parece entender el mensaje positivo de Jesús y escribe unas frases explosivas, fascinantes, recogiendo la comparación con la semilla: «¡Necio!, lo que tú siembras no revive si no muere. Y lo que tú siembras no es el cuerpo que va a brotar».

MUERTE Y ESPACIO

Me impresionó aquella antigua película: *El increíble hombre menguante*. La acción acaba una vez que el hombre, más pequeño ya que un insecto, escapa a través de una malla mosquitera de una ventana cuyos huecos eran lo suficientemente grandes para dejarlo pasar y los hilos de la malla superaban el grosor de su cuerpo. Quizás no continuaron la película por miedo a las conclusiones a las que hubieran llegado si el hombre sigue empequeñeciéndose; pero nosotros sí podemos continuar porque la imaginación es libre y porque el resultado final puede darnos una nueva vía de elucubración, absurda para nuestra cultura, aunque no imposible. Imaginamos que el hombre se sigue empequeñeciendo hasta el tamaño de las bacterias, que se le presentan como monstruos horribles y amenazadores. Le resulta ya imposible la contemplación de todo aquello que llamamos «cosas» porque en la materia se han ido abriendo grandes espacios y debe aferrarse a uno de esos cuerpos que evolucionan a grandes velocidades por esos espacios que cada vez se abren más y más. El cuerpo sobre el que está montado es un átomo de cualquier materia; al principio era compacto, pero conforme él va disminuyendo

de tamaño, se abren espacios y debe posarse sobre otro nuevo cuerpo que gira a grandes velocidades y que él entiende que es un electrón. El electrón se va haciendo inmenso y la distancia entre electrones es cada vez más abismal. El electrón aumenta por momentos y nota cómo aparecen montañas, lagos, ríos… y vida. Ha llegado a otro planeta. Él se ve exactamente igual que cuando estaba en la Tierra, aunque comprende que sigue en la Tierra, pero sobre el electrón de un átomo que forma el mismo sistema que él conocía. En este otro mundo infinitamente más pequeño como parte de otro superior, existían planetas, estrellas, galaxias… Era otra dimensión espacial y otro tiempo porque en la mínima escala de espacio, un siglo para él podía significar un segundo de antes…

Es ficción, pero ¿quién demuestra que no es real? ¿Por qué nuestro macrocosmos no es el microcosmos de otra realidad en otra dimensión espaciotemporal? Habrá quien se ría, pero no tendrá argumentos para rebatirlo, ni pretendo que sea así, aunque tampoco lo descarto. Si hace siglos, decenas de siglos, a un hombre de las cavernas se le hubiera asegurado que los puntitos brillantes del cielo eran estrellas a muchos años y miles de años luz de distancia, o acerca del microcosmo y de los seres que lo pueblan… ¿cómo hubiese reaccionado? Nos sonreímos pensando en su posible reacción y nos apena su ignorancia. Nosotros nos encontramos muy por encima de ellos con respecto a conocimientos y técnica; mas, absolutamente, nuestra ignorancia con respecto a la realidad total es tan supina como la de ellos, en la proporción de que si su conocimiento acerca de la realidad era, comparativamente, la de un grano de arena en relación a toda la tierra, el nuestro se puede comparar al de una piedra con respecto a la misma tierra. Ellos conocían un grano de arena y nosotros